



CAPÍTULO IV

Obstinacion y derrota de los israelitas.—Instruccion de San Pablo á propósito de estos sucesos.—Número de los condenados.—Arrepentimiento del pueblo.—El profanador del pueblo apedreado.—Sublevacion y castigo de Coré, Dacthan y Abiron.—Murmuraciones y principio del castigo.—Intercesion de Aaron.—La vara de Aaron.—Extraña explicacion del castigo de Coré.—Muerte de María en el desierto de Tsin.—Falta de agua.—Moisés hiere dos veces la peña.—Su castigo.—Disposiciones hostiles del rey de Edom.—Eleazar, gran sacerdote.—Muerte de Aaron.—Derrota del rey de Arad.—Diferentes clases de votos.—Murmuraciones.—La serpiente de cobre, figura de Jesucristo.—Disgusto del maná

Al día siguiente, pasando de un extremo á otro, se levantaron al amanecer para subir á la cima del monte, y dijeron: «Estamos prontos á subir al lugar de que ha hablado, porque reconocemos que hemos pecado.» Y Moisés les dijo: «¿Por qué traspasais de nuevo el mandato del Señor? Esto no os será favorable. No subais, porque el Señor no está con vosotros, no sea que caigais por tierra á presencia de vuestros enemigos. Teneis delante de vosotros á los amalecitas y á los cananeos, bajo cuya espada caeréis, porque no habeis querido condescender al Señor, ni el Señor estará con vosotros. Pero ellos se obstinaron y subieron á la cima del monte. Sin embargo, el arca de la alianza de Jehová ni Moisés, no salieron del campamento. Los amalecitas y los cananeos, que habitaban la montaña, descendieron, é hiriéndoles y destrozándoles, les persiguieron hasta Horma (1).

San Pablo dirigia á los cristianos descendientes de estos antiguos hebreos, las reflexiones que los cristianos de todo origen harán muy bien en dirigirse á sí mismos, sobre todo cuando se considera lo que acabamos de ver.» En cuanto á Moisés, á la verdad fué fiel en toda la casa de Dios, como su siervo, para testificar aquellas cosas que se habian de denunciar. Mas Cristo, por el contrario, como hijo en su propia casa, á la cual pertenecemos nosotros, con tal que tengamos firme la confianza y la gloria de la

(1) Núms., 14.

esperanza hasta el fin. Por lo cual, como dice el Espíritu-Santo: «Si oyéreis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones como sucedió en el lugar de la contradicción, y en el día de la tentacion en el desierto, en donde me tentaron vuestros padres dudando de mi poder, y donde vieron mis obras por espacio de cuarenta años. Por esto me indigné con esta generacion, y dije: «Estos siempre pecan de malicia; no conocieron mis caminos: así les juré en mi cólera que no entrarán en mi reposo. Guardaos, hermanos, que no haya en alguno de vosotros corazon malo de incredulidad, apartándoos del Dios vivo; antes amonestaos vosotros mismos los unos á los otros cada día, entre tanto que se nombre hoy, para que no sea endurecido alguno de vosotros por engaño del pecado; por cuanto somos hechos participantes de Cristo, con tal que conservemos firme hasta el fin la fe viva. Segun lo que está escrito: Si su voz oyéreis hoy, no endurezcáis vuestros corazones, como sucedió en el lugar de Contradiccion. Porque algunos de los que oyeron su palabra le provocaron á saña, aunque no todos los que habian salido de Egipto por Moisés.» Ahora bien: ¿Con quiénes estuvo indignado cuarenta años? ¿Por ventura no fué con aquellos que pecaron, cuyos cadáveres quedaron tendidos en el desierto? ¿Y á quiénes juró que no entrarían en su reposo, sino á aquellos que no le creyeron? Así vemos que no pudieron entrar por causa de su incredulidad. Temamos, pues, que no se encuentre al-

guno que sea excluido del reposo eterno de Dios, por haber despreciado la promesa que nos ha sido hecha de entrar en El (1). Tal es la saludable instruccion que la Providencia nos ofrece en los acontecimientos de la antigua alianza. Aprendamos tambien á no exagerar las faltas de otro. Quizá, en nuestra indignacion contra la ingratitud de los judíos, llegaremos hasta decir que de todos los que salieron de Egipto, no hubo más que dos que entraron en la tierra de Canaan, y que todos los demás, siendo rebeldes, perecieron en el desierto. Pero esto no es así, segun lo expresa el Apóstol. «Algunos, dice, algunos de los que oyeron la palabra fueron rebeldes; pero no todos los que salieron de Egipto con Moisés.» Así pues, no todos, sino solamente algunos, fueron excluidos del reposo en la tierra prometida. En efecto: toda la poblacion de veinte años abajo, que sin duda formaba más de la mitad de la poblacion total, entró en ella con Josué. Además, en la condenacion contra los murmuradores, no se ha hablado más que de los hombres que habian pasado revista, y en manera alguna de las mujeres; lo cual hace salvar todavía de la pena de muerte á casi la mitad de la poblacion restante. En fin, toda la tribu de Leví habia permanecido en el campamento con Moisés y el arca de la alianza. Todo esto bien considerado, basta para deducir que de toda la poblacion que Moisés hizo salir de Egipto, no fué toda, sino la quinta ó la cuarta parte la que no entró en la tierra prometida, en castigo de esta rebelion.

Despues de su salida, los hijos de Israel volvieron al campamento, entraron en sentimientos de penitencia y lloraron delante del Señor (2). Le suplicaban, sin duda, revocase la sentencia de muerte y que les permitiese entrar desde luego en la tierra de promision, de la cual estaban tan cerca. Pero Dios fué inexorable sobre este punto. Despues de haber permanecido largo tiempo en los mismos lugares en Cades-Barne, volvieron á entrar en el desierto, hácia el Mar Rojo, y por él viajaron de una es-

(1) Heb., c. III, 3, 5, 18; y c. IV, 1.

(2) Deut., 45 y 46.

tacion á otra, hasta el fin de los cuarenta años.

Un día encontraron á un hombre que recogia leña en día de sábado. Le presentaron á Moisés, á Aaron y á toda la asamblea. Como no se sabia de qué manera debia ser castigada esta profanacion, se le puso en prision. El Eterno decidió por medio de Moisés, y fué apedreado (1).

Si el profanador del sábado habia procurado ocultarse á las miradas de los hombres, Coré, de la tribu de Levi, Datham y Abiron, de la tribu de Ruben, intentaron una rebelion más atrevida: se levantaron contra Moisés y Aaron, y atrajeron á su conjuracion doscientos cincuenta hombres de los más distinguidos, y que eran llamados por sus nombres en los días de consejo. La envidia y la ambicion impulsaban á los unos y á los otros. Los dos rubenitas, así como un tercero, llamado Hon, pero que parecia haberse retirado más tarde del complot, veian sin duda con indignacion que el sacerdocio, que, segun el derecho patriarcal, pertenecia al primogénito, fué quitado á la tribu de Ruben, á causa del incesto, y trasladado á la de Levi. Coré, que del mismo modo que Moisés y Aaron, descendia de Caath, segundo hijo de Levi, veíase con disgusto confundido con la multitud de los simples levitas y excluido para siempre del sacerdocio. En vano el Eterno habia llamado á Aaron para pontífice suyo, en vano habia manifestado esto por prodigios, ya en Egipto, ya en el desierto. Coré no daba oídos más que á su ambicion; aspiraba al supremo pontificado, como la multitud de sus cómplices al sacerdocio. Reunidos contra Moisés y Aaron, hicieron lo que hacen los demagogos de todos los siglos: explotaron la credulidad del vulgo. «Básteos ya, decian, porque toda la multitud es de santos y el Señor está en medio de ellos. ¿Por qué razon, pues, os alzais sobre la Iglesia del Señor?» Cuando esto oyó Moisés, se prosternó sobre su rostro, despues habló á Coré y á todo su partido: «Mañana, dijo, hará patente el Señor quiénes son los que pertenecen á él, y hará llegar á sí á los que son santos, y los que escogiere se acercarán á él.» Les

(1) Núms., 15, 32-36.



recomendó que al día siguiente tomase cada uno su incensario, y ofreciesen perfumes al Señor: «Y el hombre que escogiere el Eterno, este será el santo.» Además de esto, les dirigió todavía amigables exhortaciones: «Escuchad, hijos de Levi: Pues qué, ¿os parece poco que el Dios de Israel os haya separado de todo el pueblo, y acercado á sí para que le sirviérais en el culto del tabernáculo, y que asistiérais delante del concurso del pueblo y ejerciérais su ministerio? ¿Ambicionais todavía el sacerdocio? ¿Para esto os sublevais contra el Señor? Porque ¿quién es Aaron para que murmureis contra él?»

Moisés hubiera podido citarles su propio ejemplo. Tenia dos hijos, y sin embargo, quedaron confundidos en el número de los levitas.

Al mismo tiempo envió á llamar á Dathan y Abiron, hijos de Eliab; pero ellos respondieron con desden: «No iremos. ¿Te parece aún poco el habernos sacado de una tierra que manaba leche y miel, para hacernos morir en el desierto, sino que te hayas tambien enseñoreado de nosotros? Por cierto que nos has metido en una tierra donde corren arroyos de leche y miel, y nos has dado posesiones de campos y de viñas. ¿Quieres, por ventura, sacarnos tambien los ojos? No, no iremos.» Moisés, irritado, dijo al Eterno: «No mireis sus sacrificios; sabéis que nada he recibido de ellos y que á ninguno de ellos he hecho mal.» Despues, dirigiéndose á Coré: «Tú y todo tu partido presentáos mañana delante del Señor, y Aaron se presentará separadamente; cada uno tomará su incensario, pondrá en él incienso y se presentará delante de Jehová.»

Se presentaron, en efecto, doscientos cincuenta con sus incensarios delante de la puerta del tabernáculo; Moisés y Aaron se encontraban allí á su lado. Coré habia reunido contra ellos toda la multitud; pero la gloria del Señor se dejó ver de todos, y el Eterno, hablando á Moisés y á Aaron, dijo: «Separaos de en medio de esa gavilla para destruirlos en un momento.» Pero al punto se prosternaron sobre sus rostros, diciendo: «Fortísimo Dios de los espíritus y de toda carne, si uno solo ha pecado, ¿se enseñará tu ira contra todos?» Y el Eterno dijo

á Moisés: «Manda á todo el pueblo que se separe de las tiendas de Coré, de Dathan y de Abiron.» Y Moisés se levantó y fuése hácia Dathan y Abiron, y los ancianos de Israel le siguieron, y dijo á la multitud: «Retiraos de las tiendas de esos hombres impíos, y no toqueis lo que á ellos pertenece, para que no seais envueltos en sus pecados.» Cuando todos se retiraron de sus tiendas, Dathan y Abiron aparecieron á sus puertas con sus mujeres é hijos y toda su tropa, y dijo Moisés: «En esto conoceréis que el Señor me envió para que hiciera todo lo que veis, y que no lo he sacado yo de mi propio corazón. Si estos murieren de muerte natural como todos los hombres, y si el azote que va á descargar sobre ellos no tiene nada de extraordinario, no me envió el Señor; pero si Jehová hiciere una cosa nueva, de manera que abriendo la tierra su boca se los trague y todo lo que á ellos pertenece, y descendieren vivos al abismo, sabreis que han blasfemado contra el Señor.» Luego, pues, que acabó de hablar, se rompió la tierra bajo sus piés, y abriendo su boca se los tragó juntamente con sus tiendas y todos sus haberes, y descendieron vivos al abismo, cubiertos de tierra, y perecieron de en medio de la multitud. Sin embargo, los hijos de Coré fueron salvados milagrosamente (1). Mas todo Israel, que estaba al contorno, á los gritos de los que perecieron huyó, diciendo: «No sea caso que á nosotros nos trague tambien la tierra.» Al mismo tiempo, saliendo fuego del Señor, mató los doscientos cincuenta hombres que ofrecian el incienso. Eleazar, hijo de Aaron, segun la orden de Dios por Moisés, tomó los incensarios de bronce que habian quedado en medio de la combustion, hizo de ellos planchas, clavándolas en el altar, á fin de que en lo sucesivo los hijos de Israel tuviesen como un recuerdo, para que ningun extraño, y que no fuese de la familia de Aaron, se acercase á ofrecer incienso al Señor.

Al día siguiente toda la multitud de los hijos de Israel murmuró contra Moisés y Aaron, diciendo: «Vosotros habeis muerto al pueblo del Señor.» Y levantándose una sedicion, y creciendo el tumulto, Moisés y Aaron entraron en el

(1) Núms., 26^o y 11.



tabernáculo de la alianza, al que despues de haber entrado, cubrió la nube y se dejó ver la gloria del Señor, y díjole á Moisés: «Retiraos de en medio de esta multitud, y yo les exterminaré al instante;» pero ellos se prosternaron en tierra, y Moisés dijo á Aaron: «Toma el incensario, y sacando fuego del altar, echa incienso sobre él, y ve prontamente al pueblo para que ruegues por ellos; porque ya ha salido la ira del Señor y la plaga ha comenzado.» Aaron obedeció y corrió en medio de la multitud, y ya la mortandad habia comenzado en el pueblo; ofreció perfumes, y poniéndose entre los muertos y los vivos, intercedió por el pueblo y cesó la mortandad. Los que habian muerto de esta plaga fueron en número de catorce mil seiscientos. Y volviósse Aaron hácia Moisés á la puerta del tabernáculo de la alianza. Aaron era aquí como gran sacerdote, la figura de Jesucristo, mediador entre Dios y los hombres (2).

Para hacer constar por medio de un prodigio más admirable todavia el derecho de la casa de Aaron al sacerdocio, mandó á Moisés que tomase de cada uno de los doce príncipes de las tribus de Israel una vara ó baston seco, que inscribiese en ella el nombre del príncipe; pero el de Aaron sobre la vara de la tribu de Levi. Debía depositar estas varas en el tabernáculo delante del arca de la alianza. El que escogiere el Eterno de entre ellos, su vara florecerá, para hacer cesar los murmullos de los hijos de Israel. Moisés ejecutó la orden del Señor. Y habiendo entrado al día siguiente en el tabernáculo del testimonio, halló que habia florecido la vara de Aaron de la casa de Levi, y echando botones habian brotado flores, y extendidas sus hojas se trasformaron en almendras. Salió al punto, hizo ver las unas y las otras á todo el pueblo, y cada uno conoció y recogió la suya. En cuanto á la de Aaron, Dios mandó volverla al tabernáculo del testimonio, para que fuera allí guardada en señal de la rebeldía de los hijos de Israel y cesasen sus murmullos contra mí, porque no mueran. Moisés lo hizo como el Señor lo habia mandado (2).

(1) Núms., 16.

(2) Núms. 17.

Mas los hijos de Israel dijeron á Moisés: «Ved que todos hemos sido consumidos, todos hemos perecido. Cualquiera que se acerca al tabernáculo del Señor, muere. Por ventura, ¿hemos de ser todos acabados hasta que no quede ninguno?» Y el Señor dijo á Aaron: «Tú y tus hijos, y la casa de tu padre contigo, llevareis la iniquidad del santuario; y tú, y tus hijos juntamente, soportareis los pecados de vuestro sacerdocio. Toma tambien contigo á tus hermanos de la tribu de Levi, y el cetro de tu padre, y que estén prontos y te asistan; y tú y tus hijos servireis en el tabernáculo del testimonio. Los levitas estarán alerta á tus órdenes y á todas las obras del tabernáculo; solamente de modo que no se lleguen á los vasos del santuario, ni al altar, no sea que por una parte mueran ellos, y por otra vosotros perezcais juntamente. Mas estén contigo y velen en las guardias del tabernáculo y en todas las ceremonias de él. El extranjero no se mezclará con vosotros. Velad en la guardia del santuario y en el ministerio del altar, para que no se levante indignacion sobre los hijos de Israel (1).»

Desde este momento, el derecho exclusivo de la familia de Aaron al sacerdocio no fué ya puesto en duda: tan poderosamente conmovió al pueblo la catástrofe de Coré, Dathan y Abiron, que habia sido testigo de ella.

En nuestros dias, alguno ha querido explicar esta catástrofe de una manera completamente nueva. Atribuye liberalmente la pólvora á Moisés; le hace escavar con habilidad una mina debajo de las tiendas de Abiron y de Dathan, y despues, en el momento designado, la mina estalla. Esta explicacion debería hacer desaparecer el prodigio, y ella sin embargo es otro mayor. Prescindiendo de esta pólvora tan frescamente inventada en tiempo de Moisés, ¿cómo, por ejemplo, en medio de un motin se podría hacer una mina, de la noche á la mañana, bajo las tiendas de los jefes del complot, sin que ninguno se apercibiese? ¿Cómo estas minas, en vez de hacer saltar al aire la tierra, la abren para hundirla sobre las tiendas absorbidas? El inventor de esta explicacion es lo que se llama

(1) Núms. 18.



un hombre de pro, uno de esos doctores improvisados capaces de todo, á quienes la loca sociedad moderna pide leyes y libros (1). ¿Lo habrá dicho por gracia? No, lo ha dicho lo más seriamente del mundo, en un libro impreso, despues de una série de años de reflexiones y de estudios. El improvisador de leyes francesas quiere ser rival del legislador hebreo. Este ha hecho, hace ya treinta siglos, una legislación que dura todavía; nuestros modernos legisladores hacen todos los años leyes, que no duran algunas un año siquiera. Esta ley de Moisés, en el tiempo predicho se ha desenvuelto y trasformado en la ley de Cristo, que ha civilizado el mundo. ¿Se querrá negar el milagro, suponiendo que Moisés conocía la pólvora? ¿Pues con qué barriles de pólvora Moisés habrá establecido una legislación admirable por su duración, de la cual ha salido una legislación más admirable todavía? ¿Y con manufacturas completas de pólvora, con millares de cañones, con fusiles de los sistemas más perfeccionados, con cohetes á la Congreve, con fragatas blindadas, y con todas las maravillas de la industria moderna, centenares de legisladores en cada país no hacen nada que sea duradero ni estable! Ciertamente que lejos de disminuir la gloria de Moisés, se la realza, cuando despues de treinta siglos no se encuentra qué oponerle más que puerilidades de este jaez. Pero volvamos al desierto.

Despues de treinta y nueve años de viajes y de penas, en el primer mes del cuadragésimo año, los hijos de Israel acamparon en Cades, en el desierto de Tsín. Allí, no lejos de la tierra adonde suspiraban llegar, María, hermana de Moisés y de Aaron, murió y fué sepultada. Tenia cerca de ciento treinta años. El pueblo, falto de agua, se reunió al rededor de Moisés y de Aaron, y quejándose de Moisés, decia: «¡Ojalá hubiéramos perecido entre nuestros hermanos delante del Señor!» Se lamentaban y murmuraban, porque se les hubiese sacado de Egipto y conducido á un lugar en donde no se podía sembrar, y no producía higos, ni viñas, ni granadas, y á más de esto no habia ni aun agua para beber. Dejando Moisés y Aaron la multitud, en-

(1) Eusebio Salverte.

traron en el tabernáculo de la alianza, prosternaron sus rostros contra la tierra, y la gloria del Señor apareció sobre ellos; y el Eterno habló á Moisés, diciendo: «Toma la vara y congrega al pueblo, tú y Aaron tu hermano, y habla á la piedra delante de ellos. Y despues que hayas sacado agua de la peña, beberá toda la multitud y sus bestias.» Tomó, pues, Moisés la vara que estaba delante del Señor, como se lo habia mandado, y reuniendo la multitud delante de la peña, la dijo: «Oid, rebeldes é incrédulos: ¿podremos acaso hacer salir agua de esta peña para vosotros?» Y habiendo alzado Moisés la mano, hiriendo dos veces con la vara el pedernal, salieron aguas muy copiosas, de suerte que bebió el pueblo y los ganados. Y dijo el Señor á Moisés y á Aaron: «Por cuanto no me habeis creído, para santificarme delante de los hijos de Israel, no introducireis á estos en la tierra que les daré. Estas son las aguas de la contradicción, en donde murmuraron los hijos de Israel contra el Señor, y fué santificado entre ellos (1).»

La sentencia que castigó á Moisés le fué bien sensible. Su falta parecia ligera: un momento de excitacion y de desconfianza, á causa de la incredulidad en la que tan frecuentemente veia caer á su pueblo. Más tarde suplicó al Señor le alzase la pena y le permitiese pasar el Jordan para contemplar aquellos lugares santificados por los pasos de sus antepasados; aquella montaña en la que Abraham habia ofrecido su hijo, y en la que tantos otros misterios debian cumplirse. Pero el Señor le prohibió hablar más; queriendo así mostrarnos, aun en sus santos, cuán punibles son las faltas ligeras. Otro misterio se figuraba todavía en esto: este misterio es, que Moisés ni su ley no conducirían nada á la perfeccion, sino Josué, ó Jesús y su Evangelio.

Sin embargo, Moisés envió desde Cades embajadores al rey de Edom, para pedirle el libre paso á través de su país; porque el Eterno habia prohibido pelear contra los edomitas, hijos de Esaú, porque habia dado á los hijos de Esaú las montañas de Seir en posesion.

(1) Núms., 20.



Estas eran las proposiciones de los embajadores: «Israel, esto te envia á decir tu hermano: sabes todo el trabajo que nos ha alcanzado, de qué manera descendieron nuestros padres á Egipto, y hemos habitado allí mucho tiempo, y los egipcios nos han maltratado á nosotros y á nuestros padres; y de qué modo hemos clamado al Señor, y nos ha oído, y ha enviado su ángel que nos sacó de Egipto. Ahora pues, hallándonos en esta ciudad de Cades, que está en la extremidad de tus confines, suplicamos que se nos permita pasar por tu tierra. No iremos por los campos ni por las viñas, no beberemos agua de tus pozos, sino que iremos por el camino real, sin torcer á la derecha ni á la izquierda, hasta que pasemos tus términos.» Edom respondió: «No pasarás por mi tierra; de otra suerte te saldré al encuentro armado.» Los hijos de Israel insistieron: «Pasaremos por el camino ordinario; y si bebiéremos tus aguas nosotros y nuestros ganados, daremos lo que es justo: únicamente dejadnos pasar con rapidez.» Edom rehusó, pues, á Israel el paso á través de sus tierras, é Israel se retiró (1).

El país de Edom, ó las montañas de Seir, tenia el país de Canaan al Norte, el de Madian al Oriente, al Occidente el de los amalecitas, y al Sur el mar Rojo. Este mar se llamaba tambien de Suph ó del Junco; pero á causa de su proximidad á la Idumea, se le llamaba mar de Edom, mar Erythreo, mar Rojo. Plinio (2), segun ya lo hemos visto, dice que el nombre de Erythreo dado por los griegos á este mar, procede de un rey del país llamado Erythreo; este es en griego el sobrenombre de Esaú, Edom, que quiere decir rojo.

Cuando los hijos de Israel partieron de Cades, el Eterno habló á Moisés y á Aaron, cerca del monte Hor, en los confines de la tierra de Edom: «Vaya Aaron á su pueblo, porque no entrará en la tierra que he dado á los hijos de Israel, por cuanto fué incrédulo á mis palabras en las aguas de la contradicción. Toma á Aaron y á Eleazar, su hijo, y los llevarás al monte de Hor. Y despues de desnudar á Aaron de su ves-

tidura, se la revestirás á Eleazar su hijo. Aaron será reunido á sus padres, y morirá allí.» Moisés hizo lo que el Señor le habia mandado, y subieron al monte de Hor delante de toda la multitud. Y Moisés despojó á Aaron de sus vestiduras, y se las vistió á Eleazar su hijo. Y Aaron murió allí sobre la cumbre del monte; y Moisés y Eleazar descendieron. Y cuando toda la multitud vió que Aaron habia muerto, lloró treinta dias por él en todas sus familias.

Todavía hoy los restos de Israel hacen el aniversario de este duelo (1).

El rey cananeo de Arad, que habitaba hácia el Mediodía, sabiendo que Israel venia por el camino de los exploradores, peleó contra él, y quedando vencedor, le tomó algunos prisioneros. Mas Israel, obligándose con voto al Señor, dijo: «Si entregares á ese pueblo en mis manos, destruiré sus ciudades.» Y el Eterno oyó la voz de Israel, y le entregó á los cananeos y les anatematizó á ellos y á sus ciudades, y llamó á este lugar con el nombre de Horma, es decir anatema.

Hay distincion entre el voto simple, el voto particular con anatema, y en fin, el anatema penal solemne, pronunciado por la autoridad pública. Despues del voto simple ó el *neder*, se podia rescatar lo que se habia ofrecido al Señor. Se estaba en libertad de hacer un rescate, que la ley fijaba con los mayores detalles acerca de lo que se debia pagar por las personas, los animales, las casas, las tierras así ofrecidas. Cuando alguno, dice, hubiere pronunciado el *neder* y prometiere á Dios su alma, es decir, su vida, su persona al Señor, si es varon, desde veinte años hasta sesenta dará cincuenta siclos de plata, segun la medida del santuario; la mujer treinta. Desde cinco años hasta veinte, el varon dará veinte siclos, por la mujer diez; desde un mes hasta cinco años, por el varon se dará cinco siclos, por la mujer tres; por el varon de sesenta años y de ahí arriba, se dará quince siclos, por la mujer diez. Si fuere pobre y no pudiere pagar la tasa, se presentará al sacerdote y pagará lo que el sacerdote estimare que podría pagar. Si el animal prome-

(1) Núms., 20.

(2) *Hist. Nat.*, lib. VI, c. XXIII.

(1) Núms., 20.



tido con voto es uno de los animales puros, será inmolado; si es impuro, el sacerdote determinará el valor; y si el hombre que le ha ofrecido en voto quiere rescatarle, añadirá á la suma determinada por el sacerdote una quinta parte.

El voto particular con anatema, ó el herem, era un rendimiento irrevocable acompañado de juramento, una consagracion absoluta y sin restriccion, por la cual se cedia al Señor todos sus derechos en la cosa. Todo israelita podia ofrecer todo lo que le pertenecia: su casa, sus tierras, sus ganados, sus esclavos, etc.; y las cosas así ofrecidas no podian ser ni vendidas ni rescataadas á cualquier precio que fuese. Lo que habia sido prometido al Señor por el neder era santo para el Señor; mas lo que habia sido prometido por el herem, hombre, animal, tierra, será santísimo para el Señor (1); es decir, le pertenecerá sin poder volver al primer dueño por cambio ó por rescate.

En consecuencia de esta ley, los animales, las casas, quedaban en propiedad del templo y de sus ministros. En cuanto á los hombres, es decir, los hijos y los esclavos, porque estas son las personas que pertenecian al padre de familia, y los únicos que podian ofrecer, no eran sacrificados, eran consagrados al Señor y empleados por toda su vida al servicio del templo y de los sacerdotes.

En fin, habia tambien el herem penal, el anatema solemne, pronunciado por la autoridad pública, y que prometia ciertas personas para ser destruidas. Tales fueron los cananeos, prometidos por Dios mismo para ser exterminados en castigo de sus execrables abominaciones; tales tambien Sehon y los amorreos, sus súbditos; los amalecitas, de quienes se habia dicho: «Exterminad el nombre de Amalec, y que no se hable más de ellos bajo el cielo; los medianitas, los habitantes de Jericó.» Este herem penal es pronunciado en los capítulos XXII del Exodo, y XIII del Deuteronomio, contra todo particular y toda ciudad israelita que cayere en la idolatria y sacrificare á otro dios que al Eterno (2). Se ve todavia un ejemplo en el libro de

(1) Lev., 27, 28.

(2) Exodo, 22, 20. Deut., 15, 5.

los Jueces, en donde la asamblea general del pueblo de Israel somete á anatema y se obliga á condenar á muerte á todos los que no se dirigiesen á Masfat para combatir á los benjamitas; en consecuencia de cuya promesa los habitantes de Jabes en Galaad que no se encontraron allí, fueron pasados á cuchillo.

Todas las personas así ofrecidas debian ser exterminadas como execrables y malditas. No podia ser aceptada ninguna razon en su lugar, por considerable que fuese. Eran condenadas á muerte sin remision, pero no eran sacrificadas. Pena de muerte y sacrificio no son la misma cosa; querer confundirlas es ignorancia ó mala fe. «Todo hombre, dice el texto, ofrecido para el herem, no podrá ser rescatado, morirá de muerte (1).»

Tal fué el anatema al cual Israel ofreció al rey y al pueblo de Arad. Quizá, como en el anatema de Jericó, el oro, la plata, el hierro, fueron puestos aparte para uso del tabernáculo.

Partieron tambien del monte de Hor, por el camino que va al mar Bermejo, para rodear la tierra de Edom, y comenzó el pueblo á disgustarse del camino y del trabajo, hablando contra Dios y contra Moisés: «¿Por qué nos sacaste de Egipto, para que muriésemos en el desierto? Falta el pan, no hay aguas; nuestra alma está disgustada de este miserable manjar de tan poquísima sustancia.» Así hablaban del maná. El Eterno envió serpientes abrasadoras, cuya mordedura quemaba. Los israelitas confesaron su pecado á Moisés y le suplicaron intercediese por ellos. Moisés rogó por el pueblo, y el Eterno le dijo: «Haz una serpiente de bronce, y ponla por señal; el que herido la mirare, vivirá.» Hizo, pues, Moisés una serpiente de bronce y la puso por señal, y los heridos que la miraban eran sanados (2).

El que miraba esta serpiente era sanado, no por esta serpiente que veia, dice el autor de la Sabiduría, sino por vos mismo, Señor, que sois el Salvador de todos los hombres (3). El mismo

(1) Levit., 27, 29. Guéene, Lettres de quelques juifs.

(2) Núms. 21, 4-9.

(3) Sap., 16, 7.



Jesucristo nos ha explicado esta figura: así como Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tambien es necesario que sea alzado el Hijo del Hombre, á fin de que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga la vida eterna (1). Heridos de muerte por el pecado que entró en el mundo por una serpiente, somos regenerados á la vida por la fe en el Hijo de Dios, elevado sobre la Cruz.

«Pero cómo, pedirá quizá la multitud de los hijos de israel, para la cual el maná era un delicioso manjar, se cansará de él y deseará ardentemente las cebollas de Egipto? ¿Por qué? Porque los hombres se disgustan pronto de los más exquisitos manjares, cuando hacen de ellos un uso diario y continuo.

Si el disgusto de los mejores manjares es

(1) Joan., 3, 14 y 15.

natural para los que hacen de ellos un uso continuo, el de los hebreos, que no vivian más que del maná y no encontraban siempre en él más que el mismo gusto, es pues excusable? No, porque dependia de ellos el participar del prodigio que hacia diverso el gusto del maná para muchos de sus hermanos, imitando de ellos su perfecta docilidad. El autor del libro de la Sabiduría dice al Señor: «En lugar de los castigos con que heris á vuestros enemigos, dais á vuestro pueblo el alimento de los ángeles, conteniendo en sí todas las delicias, y que hace ver cuán grande es vuestra dulzura para con vuestros hijos, puesto que, acomodándose al deseo de cada uno de ellos, se cambiaba en todo lo que les agradaba (1).»

(1) Sap., 16, 20 y 21.